

La Misa del Domingo

1 DE JULIO DE 2018

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO (B)

Nuestro Dios es un dios de vida, no de muerte. Dios no quiere ni la muerte, ni la enfermedad, ni el sufrimiento, ni el dolor.

Es frecuente oír, incluso entre gente muy religiosa, palabras como éstas: "*Dios le ha enviado una enfermedad*", "*esta enfermedad es una prueba que te ha enviado Dios*". O, hablando de la muerte, oímos: "*Dios lo ha querido así*", etc. etc.

Y cuando oímos o decimos todo eso, pensamos que estamos hablando de un modo muy religioso, muy creyente. ¡Pues no!, no es eso lo que hemos escuchado en la primera lectura del libro de la Sabiduría. ¿Lo recordáis?

Las palabras de la primera lectura eran muy claras: "**Dios no hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes; todo lo creó para que subsistiera**".

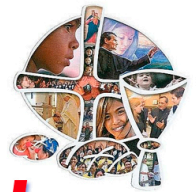
Según el libro de la Sabiduría no es Dios el que introduce el mal en el mundo, sino el diablo. Lo decían las últimas palabras de la primera lectura: "**Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo**".

Por eso debemos cambiar, o convertir, nuestro modo de pensar y de hablar; ni la muerte, ni la enfermedad, ni el sufrimiento, ni el dolor nos vienen de Dios. Lo que hace Dios, un Dios que ama la vida, es ayudarnos a sobrellevar estos males. Es justamente lo que hacía Jesús con todos los que se cruzaban en su camino: liberarles de la enfermedad y de la muerte.

En ningún pasaje del Evangelio leemos que Jesús dijera a los enfermos o a los que sufrían que tuvieran paciencia, que vieran en el sufrimiento una prueba de Dios. Ni dice Jesús que la muerte se deba aceptar resignadamente.

Pero, ¿qué hace Jesús? Ante todo actúa. Jesús, ante la enfermedad, el sufrimiento, el dolor y la muerte, no habla, no hace discursos piadosos, actúa; es decir: cura, limpia, sana, resucita.

Es cierto que nosotros no podemos hacerlo, no tenemos el poder de obrar milagros. Pero sí que podemos pasar de las palabras a los hechos. ¿Y qué podemos hacer? Ante el dolor y la muerte no se trata tanto de hablar, como de actuar. Procurando comunicar vida a quienes más la necesitan. Es decir, haciendo compañía, atendiendo con el máximo cariño, escuchando, ayudando en todo lo que nos puedan necesitar.



La Misa del Domingo

Dicho de otra manera: no tenemos el poder de hacer milagros, pero tenemos el poder de amar. Que es, probablemente, lo más importante.

Y quienes tienen el conocimiento y la ciencia (médicos, ATS, enfermeros y enfermeras, farmacéuticos...) que pongan todas sus capacidades y recursos para luchar contra todo mal que aflija al hombre. Esa es su responsabilidad y su mérito.

Y en medio de todo ello, la fe. Lo hemos leído y escuchado en el evangelio de hoy; Jesús necesitaba una cosa para poder actuar, para poder curar: necesitaba que quienes pedían su ayuda tuvieran fe. Le dice a Jairo: "No temas, basta que tengas fe". Y a aquella afligida mujer le dice incluso: "tu fe te ha curado".

Pero ¿de qué fe se trata? La fe que pedía Jesús para curar era una gran confianza en la bondad de Dios, en que Dios quería que se curaran, en que Dios es el Padre de la vida y quiere vida para todos. Y que este gran anuncio -que es el anuncio del Reino de Dios- se realizaba por Jesús.

Y esta fe en la bondad de Dios, creador de la vida, amante de la vida, que sufre por el dolor de quienes sufren, esta fe que nosotros hemos recibido de Jesucristo, que nosotros identificamos con Jesucristo, es lo que cada domingo, en la misa, renovamos y celebramos y pedimos que sea más viva en nosotros. Para que así podamos ayudarnos, cada día, unos a los otros.

Agustín Fernández, sdb